



REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En la Redaccion y Administracion, *Centro Periodístico*, Cinegio, 5, esquina á la calle de los Estébanes, bajo; en La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Bedera, Sanz, Francés, Osés y Meneadez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Perez.—TERUEL: Administracion de *El Turolense*.—MADRID: Librería de B. Mariano Murillo, Alcalá, 18.—BARCELONA: Sres. Teixidó y Parera, Pino, 6.—ATICA: D. Demetrio Ortega.—CALATAYUD: D. Florencio Forcén.

Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la Redaccion y Administracion.—Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá *expresamente* al Director de la REVISTA DE ARAGON, calle de Cinegio, 5, bajo, Zaragoza.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza.....	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 »	18 »	32 »
Números sueltos, <i>quince</i> céntimos de peseta.			

PRECIOS DE ANUNCIOS.

	RELS.	RELS.
Una página entera en la cubierta	60	Cuarto de página 16
Media página	30	Octavo de id. 8
		Dieciseisavo de id. 4
En la última página de la REVISTA, á precios convencionales. Si el anuncio se inserta de tres á cinco veces seguidas, obtiene el precio una rebaja de <i>quince por ciento</i> ; si de seis á ocho veces, una de <i>veinticinco por ciento</i> , y de nueve en adelante, una de <i>cuarenta por ciento</i> . Los señores suscritores obtendrán en sus anuncios la rebaja del diez por ciento.		

SUMARIO.

- I.—*Crónica Aragonesa*, por D. Baldomero Mediano y Ruiz.
- II.—*Guillermo de Cabestany*, por D. Víctor Balaguer.
- III.—*Historia de los manuscritos antiguos* (conclusion), por don Eduardo Mennechet.
- IV.—A * * * (poesía), por D. Jerónimo Borao.
- V.—*Historia de una Lágrima* (poesía), por D. Valentin Marin y Carbonell.
- VI.—*Espectáculos*, por Justo.
- VII.—*Miscelánea y anuncios*, en la cubierta.

CRÓNICA ARAGONESA.

Los castellanos tienen un Escorial á que fastuosamente titulan *octava maravilla*, y para hacerlo digno de este nombre han tenido que recurrir al génio de Herrera, Leoni, Trezzo, Benvenuto Cellini, Zuccaro, Velazquez, Zurbarán, Pantoja y Mon negro; á la poderosa y desordenada fantasía de ese Lope de Vega de la pintura que se llama Lúcas Jordan, y á las creaciones de todos los artistas que simbolizan el Renacimiento en España. Como si esto no fuera bastante, han hacinado en la iglesia del monasterio que sirve, segun un poeta,

en destinos contrarios,
de palacio magnífico á los reyes,
de albergue penitente á solitarios,

las venerables cenizas de mártires y confesores; en su panteón los restos mortales de los señores de dos mundos, y en los estantes de su grandiosa biblioteca el resultado de las vigiliyas y perseverancia de una multitud de ilustres varones, y documentos y códices de tal valor que ellos solos bastarian, segun observa Chateaubriand, para renovar la historia. ¿Cómo no habia de lograr un monarca que se llamaba Felipe II y que disponia á su antojo de reliquias de santos y cenizas de reyes, de los esplendores del arte y de la ciencia, de

mármoles y oro, la creacion de una *octava maravilla*, aún en las tristisimas y eriales quebraduras del Guadarrama?

Los aragoneses tenemos tambien nuestro Escorial, en San Juan de la Peña, fortaleza, templo y cuna de nuestras glorias y monarquía seculares: no le llamamos *maravilla* porque este nombre es insuficiente para titular, de un modo digno, el venerando *Paladion* que, rodeado de todas las magnificencias de una naturaleza tan agreste como espléndida, ha sido santificado por las virtudes de sus solitarios y regado con la sangre de sus héroes; ha servido de asilo á los primeros cristianos, de domicilio y pobre aunque honrada sepultura, á los reyes, obispos y ricos-homes de Aragon; de sala de concilios y de fiel depósito de nuestras venerandas antigüedades.

Allí cerca se encuentran el monte del Uruel y la cueva de Galeon cuna del reino de Sobrarbe y de nuestras libertades, y allí se vieron las ruinas de una ciudad que, recién construida, tuvo el mismo trágico destino que Numancia, y arrasada por Ayub el Lagmi, mereció que sobre sus escombros se alzara una columna que subsistió hasta 1809, en la que se leia «*Hic jacet altera Troja, Panno;*» en las sombrías criptas que fueron testigos mudos de las plegarias de los piadosos cenobitas Juan de Atarés, Félix y Voto, y donde todo es aragonés, desde el pavimento de jaspe azul y blanco sacado de las canteras de Canfranc, hasta el nombre de los artistas que labraron los 27 reales sarcófagos, descansan los inanimados restos de los primeros reyes aragoneses desde el fundador del monasterio, Garci-Ximenez (724), hasta D. Pedro I (1094), y de los ricos-homes, abades, priores, que ilustraron aquellas soledades con su valor, ciencia ó virtudes.

Á la venerable antigüedad de este vetusto monasterio cluniacense que es el más copioso archivo de Aragon y que atesora documentos y códices de todos los siglos desde el nono, reunidos por la

incesante y loable diligencia de sus abades y monjes Aquilino, Ebretimo, Aymerico, Marfilio y otros, sirve de digno marco el paisaje que le rodea. Bosques dilatados y espesos á que dan constante sombra robles, pinos y avellanos, torrentes que se precipitan impetuosos por graníticos derrumbaderos, fuentes clarísimas y apacibles, valles recónditos y dilatadas llanuras, prestan el encanto de la sublimidad á aquel sitio que la historia con sus recuerdos, la patria con su aureola, hombres ilustres con su prestigio y la naturaleza con todas sus galas se han complacido en embellecer. Arboles y bosques proyectan su aterciopelado y risueño verdor sobre los muros sombríos del viejo monasterio, y le dan la animacion y vida que llevaría un rayo de sol á un oscuro antro de tristeza y soledad.

Hoy sólo queda el cuadro: el marco ha desaparecido. El descuido de un fumador, Eróstrato inconsciente de aquellos bosques, ha producido un incendio, que, propagándose con violencia y rapidez parecidas á las de las casuales conflagraciones que consumen en brevísimo espacio las inmensas selvas vírgenes de América, ha reducido á cenizas los árboles y la exuberante vegetacion sobre cuyo verde fondo se destacaban con más fuerza las tintas grises del antiquísimo monasterio. Describa quien pueda la honda y tristísima emocion y el aterrador espectáculo que presentaría el monumento que simboliza todas las glorias antiguas de Aragon (como Zaragoza resume las de las edades media y moderna), amenazado por el inmenso velo de llamas que á su alrededor se extendiera, y la apenadora inquietud de los que creyeran llegado el instante de ver destruido por el voraz elemento el venerando tesoro de nuestras seculares tradiciones... Por fortuna no sucedió así, y hoy el monasterio de San Juan de la Peña se alza incólume despues de resistir victoriosamente la cuarta prueba de este género á que se ha visto sometido, porque, si mal no recordamos,—lo que nada tendría de extraño por hacer la cita de memoria,—ha sufrido ya, además de este á que nos referimos, tres incendios: el primero poco despues de su fundacion, el segundo en 17 de Noviembre de 1494, y el tercero en Febrero de 1675. En alguno de ellos fué reducido á cenizas casi por completo, exceptuando los muros exteriores, pero en todos pudo salvarse su riquísimo archivo, merced á la actividad y heroica decision de sus monjes benedictinos, que así lograron testificar que los ferrientes atletas de la fe de Cristo pueden, en ocasiones, convertirse en mártires de la ciencia.

Pero si no el monasterio (lo que ya es un consuelo), ha sido devorado por las llamas el bosque de San Juan de la Peña en su mayor parte... El paisaje queda árido y escueto, y arruinadas las aldeas próximas... Cálculanse en más de cien mil los pinos, arpas de la montaña que vientos de libertad hacen sonar, consumidos por el incendio... ¿quién sabe si bastarian para sofocarle *antes* las lágrimas que hará derramar *después*?

Con harta razon las teogonias antiguas y la mitología griega juzgaban funesto y maldito al pino...

El Imparcial, inspirándose sin duda en tan clásicas tradiciones, le llama *árbol desgraciado*, y á decir verdad con sobrada razon.

A no existir el *manzanillo* que Meyerbeer ha inmortalizado en la *Africana*, diríamos que los pinos son árboles de *mala sombra*.

Recuérdese si no que en Cuenca los cortan, que en Luesia los incendian y que en San Juan de la Peña se queman por sí mismos.....

Por lo candente es bien propia de la estacion esta crónica, pero cualquier punto de la península á que se vuelva los ojos, sólo nos ofrecerá el mismo monótono y desconsolador espectáculo: larvas é insectos recién inventados, y muchos, muchísimos incendios.....

Es por lo mismo, envidiable la venturosa estrella de los muchos que, abandonando sus lares durante la presente estacion, han ido á hacer provision de recuerdos, para el próximo invierno, á alguna de las playas del Cantábrico, á favor de uno de esos trenes que la compañía del Norte en un raptó de horrible maquiavelismo, merecedor de una multa máxima, ha titulado de *recreo*.....

¡Así sean todos los *recreos* que el destino depare á los pocos, encubiertos y mordaces enemigos con que cuento...!

Escasas novedades encontrará en la S. H. la colonia de emigrantes zaragozanos que, especialmente en San Sebastian, ha sido muy lucida y numerosa. Algunos amigos de ménos por ausentes, por olvidadizos ó por muertos, el paseo de Santa Engracia en vías de terminarse, y con dos importantes innovaciones; la instalacion de sillas de rejilla y la de un flamante kiosko, y por último las conmovedoras perspectivas de vários enlaces matrimoniales que se llevarán á efecto apenas refresque el tiempo, y la que presenta el teatro de verano todas las noches.....

Estas dos últimas y críticas perspectivas merecen párrafo aparte.

En lo que se refiere á los que pretenden someterse al sagrado yugo, como dicen los moralistas en estilo florido, bastará á mi propósito recordar la singular manía de cierto apreciable jóven con cuya amistad me honro.

Tan pronto como sabe que alguna jóven de familia distinguida, de excelentes condiciones y de belleza no vulgar va á contraer matrimonio, se alegra y congratula y desea mil felicidades á la futura contrayente. Si se le pregunta la causa de tan excéntrico porte, contesta:

—¡Es un peligro ménos...!

Y como se precia de ser consecuente con sus ideas, asegura muy formal que será para él un día de ventura incomparable aquel en que su novia—cuando la tenga,—se case... con otro.

En cuanto al teatro de verano, me limitaré á recomendar á mis lectores que visiten *El País de las Mariposas*.

Tan caprichoso país parece ser la verdadera patria de la señorita Limido. ¡Tan ágil, leve y aérea se muestra...!

Las demás llevan trajes muy bonitos. Recordando este baile ya no me atreveré á llamar á las mariposas,—como hacen los poetas clásicos,—lirianas, y mucho ménos *impalpables*.

BALDOMERO MEDIANO Y RUIZ.

GUILLERMO DE CABESTANY.

I.

Guillermo de Cabestany, Cabestanh, Cabestaing ó Cabestan, pues con todos estos nombres se le halla inscrito, figura entre los más célebres trovadores, pero su celebridad, más que á las pocas poesías suyas que han llegado hasta nosotros, se debe á su peregrina y trágica historia.

Modernamente, esta historia se ha puesto en duda, y críticos eminentes como Puiggari y Camboliu la han tachado de fabulosa, apoyándose en ciertos documentos históricos. No, sin embargo, para todos ha quedado desvanecida la duda, y existen vivas todavía la tradición y las leyendas que refieren con especial colorido y con los más minuciosos detalles el trágico suceso.

Si nos atenemos á la biografía provenzal, que relata la historia en breves párrafos, Guillermo de Cabestany, que vivía en la época de Alfonso II de Aragón, era un castellano del condado de Rosellon, hombre de gallarda presencia, muy nombrado en hechos de armas, complaciente, cortés y buen trovador.

En la comarca por él habitada vivía una dama que se llamaba Sermonda ó Saurimonda, mujer de Raymundo de Castel-Rosellon, baron tan noble y rico como soberbio y de perversos instintos.

Guillermo amó durante mucho tiempo á esa dama, y compuso en su obsequio y loa peregrinas canciones, y la dama le correspondió haciéndole su caballero; pero habiendo llegado á oídos del marido lo que pasaba, mandó encerrar á su mujer en una torre donde la tuvo presa y estrechamente guardada. Gran pena sintió de ello Guillermo de Cabestany, y es fama que entónces, y por esta causa, compuso aquella su tristísima canción que así comienza:

Lo dous cossire
que 'm don amors soven,
domna, 'm fai dire
de vos mainch vers plazen.

Pessan remire
vostre cors covinen
qu' am é dezire
mais qu' ieu no fas parven;
é sitot me desley,
ges per so no 'us abney,
qu' ades vas vos so pley
ab franca benvolensa.

Domna, cuí beutatz gensa,
mainthas vetz oblit mey
que laus vos, é mercey.

Segun la biografía provenzal, algunos versos de esta canción hicieron creer á Raymundo que se trataba de su mujer. Ciego de celos, envió á buscar á Guillermo con una excusa, llevósele lejos de su castillo y le cortó la cabeza á traición. En seguida le arrancó el corazón, y corazón y cabeza fueron llevados al castillo. Una vez allí, mandó freir el corazón de Guillermo, y en la comida se lo hizo servir á su mujer, diciéndole que era de venado. Comió de él la dama, y su marido entónces le reveló cuál era el manjar de que había gustado. Sermonda se entregó, al saberlo, á los mayores extremos de dolor, y Raymundo, sacando la espada, iba á atravesarla con ella, cuando su mujer desesperada se arrojó por una ventana, quedando muerta en el acto.

Esta catástrofe tuvo gran eco en Cataluña y en todas las tierras del rey de Aragón. Los parientes de Guillermo, los de la dama y muchos caballeros de la comarca se reunieron en son de guerra para vengar la muerte de los desgraciados amantes, y entraron á sangre y á fuego las tierras de Raymundo de Castel-Rosellon. El mismo rey D. Alfonso se presentó en el teatro de la lucha cuando supo el suceso, prendió á Raymundo, hizo derribar sus castillos, destruyó sus tierras y mandó enterrar los cuerpos de Guillermo de Cabestany y de su dama en un sepulcro mismo, delante de la puerta principal de San Juan, en Perpiñan.

Por espacio de mucho tiempo todos los caballeros galantes y nobles damas de Cataluña, Rosellon, Cerdeña, Conflens y Narbona, iban cada año á celebrar el aniversario de la muerte de los dos amantes.

Por lo que toca á Raymundo, murió en la cárcel donde le hiciera encerrar el rey, el cual dió todos sus bienes á los deudos de Guillermo y de la dama que murió por él.

Tal es la historia, segun la refiere la biografía provenzal; pero hay otra version que, aun cuando es en el fondo la misma, es curiosa por los detalles y los episodios, mereciendo ser conocida.

Héla aquí, segun la he extractado y traducido de un manuscrito de la Biblioteca laurenziana, el cual varía el nombre de la dama, pues que, segun este manuscrito, la mujer de Raymundo se llamaba Margarita y no Sermonda.

«Raymundo de Rosellon, comienza diciendo el manuscrito, era un baron noble y valeroso, como ya sabeis, y tuvo por mujer á Margarita, la más bella dama que se conoció en su tiempo, y tambien la más estimada por sus buenas cualidades, por su mérito y por su cortesía.

Sucedió que Guillermo de Cabestany, hijo de un pobre caballero del castillo de este nombre, se fué al de Raymundo á pedirle que, si era de su agrado, le tomase por uno de sus sirvientes. Accedió Raymundo, y supo Guillermo conducirse tan gentilmente, que logró hacerse amar de todos, grandes y pequeños, de tal manera, que Raymundo quiso que fuese paje de su esposa.

Guillermo, en su nueva posición, se esforzó todavía más en ser fiel y complaciente, pero, como sucede de ordinario en amor, acaeció que Margarita acabó por prendarse del paje. La conducta de Guillermo, sus maneras, su conversacion, su gentileza le placian tanto, que no pudo un dia resistir al deseo de decirle:

—Díme, Guillen, si una dama te demostrase su amor, ¿te atreverias á amarla?

Guillermo, que se habia apercebido ya de lo que pasaba en el corazón de la dama, le contestó francamente:

—Sí, señora; como me convenciese de ser reales las apariencias.

—Por San Juan, dijo la dama, que has contestado como podía un caballero. No tardaré en convencerte de si eres capaz de distinguir en las apariencias lo verdadero de lo falso.

Cuando Guillermo hubo oído estas palabras, contestó:

—Señora, sea todo según os plazca.

Y comenzó á meditar, y en seguida el amor le hirió con su dardo, é hizo penetrar en lo profundo de su corazón los pensamientos que el amor comunica á sus vasallos. Desde entónces fué uno de los servidores del amor, y comenzó á trovar y á componer canciones y coplas muy sentidas, y cantares llenos de gracia, sobre todo para aquella á quien iban dedicados. Y el amor, que recompensa á sus servidores cuando le place, quiso darle el premio de sus servicios.

Sucedió un día que la dama llamó á Guillermo aparte, y le dijo:

—Guillen, dime ahora: ¿te has apercebido ya de si mis apariencias son verdaderas ó falsas?

Guillermo respondió:

—Que Dios me niegue su gracia si desde la hora en que entré á serviros he dejado de pensar un solo instante que sois la dama mejor que haya jamás nacido y la más sincera en palabras y en apariencias. Lo creo así y lo creeré toda mi vida.

La dama contestó:

—Guillen, te lo juro, así Dios me salve. No seré yo jamás quien te engañe y no es un vano pensamiento el tuyo.

Y así comenzaron sus amores.

No duraron mucho tiempo sin que los habladores, que Dios confunda, comenzaran á murmurar, creyendo adivinar, por las canciones de Guillermo, que éste se entendía con dama Margarita. Y tanto hablaron, á tontas y á locas, que la cosa hubo de llegar á oídos de monseñor Raymundo, el cual, irritado por los celos, juró vengarse.

Sucedió, pues, que un día, habiendo ido Guillermo á la caza del gavilán con un escudero tan sólo, Raymundo preguntó por él, y le dijeron á dónde había ido y en qué punto del bosque estaba cazando. Al saberlo, el señor de Castel-Rosellon tomó sus armas, montó en su corcel, y sin acompañamiento alguno, se fué hácia el sitio en que Guillermo estaba cazando, no deteniéndose hasta encontrarle.

Cuando Guillermo le vió llegar, se maravilló mucho y le ocurrió la idea de alguna desgracia.

—Señor, le dijo, sed bien venido. ¿Cómo venis aquí solo?

Monseñor Raymundo le contestó:

—Es que os buscaba, Guillermo, para divertirnos juntos. ¿Habeis cazado algo?

—Casi nada, monseñor, porque he hallado poca cosa y como ya sabeis, el proverbio dice: «Quien halla poco, poco coge.»

—Dejemos á un lado esta conversación, dijo Raymundo, y por la fé que me debeis, decidme la verdad sobre lo que voy á preguntaros.

—Por Dios os juro, monseñor, contestó Guillermo, que como ella pueda decirse, yo os lo diré.

—No quiero que me ocultéis nada, replicó Raymundo, decidme la verdad sobre todo lo que os preguntare.

—Señor, dijo Guillermo, puesto que así os place, interrogadme y os diré la verdad.

Monseñor Raymundo le preguntó entónces:

—Guillermo, en nombre de Dios y de vuestra fé, decidme: ¿teneis una dama por quien trovais y de quien estais enamorado?

Guillermo respondió:

—Y cómo trovaria yo, monseñor, si no estuviese

enamorado! Es verdad esto, y os confieso que el amor se ha apoderado de mí por completo.

Raymundo respondió:

—Quiero creerlo, porque de otro modo no podríais cantar tan agradablemente, pero quisiera saber, si os place, quién es vuestra dama.

—¡Ah! señor, Dios mio, ¿qué me pedís? contestó Guillermo. ¿Hay algo que pueda obligar á un hombre de honor á revelar el nombre de su dama? Respondedme, vos que sabeis lo que dice Bernardo de Ventadour.

D' una ren m' aonda mos senz
c' anc nulz hom mon joi non enquis (1).

—Yo os ofrezco, respondió Raymundo, ayudaros en vuestros amores con todo mi poder.

Y habló con tal persuasión, que Guillermo le dijo:

—Pues bien, sabed, monseñor, que amo á la hermana de vuestra esposa, y creo que me corresponde. Y ahora que ya lo sabeis, os ruego que me ayudeis y no queráis hacerme daño.

—Tomad mi mano y mi fé, contestó Raymundo, que yo os juro y protesto que he de ayudaros con todo mi poder.

Cuando así le hubo inspirado confianza, Raymundo le dijo:

—Quiero que vayamos ahora mismo á su castillo, puesto que está cerca de aquí.

—Sea como gustéis, exclamó Guillermo.

Y tomaron entónces el camino del castillo de Liet. Y al llegar allí, fueron bien acogidos por Roberto de Tarascom, que era el marido de dama Saes, hermana de dama Margarita, por la misma dama Inés.

Monseñor Raymundo tomó á dama Inés por la mano, la condujo á su cámara y le dijo estando solos:

—Decidme, ahora, cuñada, por la fé que me debeis: ¿amais vos á alguien?

—Sí, monseñor, dijo ella.

—¿Y á quien? le pregunto él.

—Esto sí que no os lo diré. Y á más, ¿que os importa?

Tanto la rogó Raymundo, que ella al fin se dió por vencida y dijo que amaba á Guillermo de Cabestany.

Y lo dijo así porque veía á Guillermo sombrío y pensativo, y como sabía que amaba á su hermana, temía que Raymundo sospechase la verdad.

Raymundo se puso muy alegre al oír esto.

La dama contó esta conversación á su marido, y el marido le dijo que había obrado bien y le dió permiso para decir y hacer todo cuanto pudiese convenir á salvar á Guillermo y á Margarita.

Y la dama lo hizo perfectamente, porque llamó á Guillermo solo á su cámara, permaneciendo en conversación con él largo tiempo, de manera que Raymundo creyó en sus amores y empezó á convencerse de que no era verdad lo que de Guillermo le dijeran.

Aquella noche cenaron y durmieron en el castillo, y al día siguiente, despues de almorzar, regresaron á Rosellon, despidiéndose de sus huéspedes.

Al llegar allí, monseñor Raymundo fué á encontrar á su mujer y le contó lo que sabía y había visto sobre Guillermo y su hermana Inés.

La dama sintió de ello gran dolor y tristeza toda aquella noche, y al siguiente día buscó á Guillermo, y le llamó falso y traidor. Y Guillermo le dijo que era inocente de cuanto se le acusaba, y le contó, palabra por palabra, todo cuanto había sucedido y habían hecho para disipar las sospechas de su marido.

La dama entónces envió á buscar á su hermana, y supo por ella que Guillermo no era culpable. Conven-

(1) Versos de una trova de Bernardo de Ventadour, que pueden traducirse así:

«Si hay algo de que yo esté convencido, es de que nunca hombre alguno debe conocer mis goces.»

cida ya, Margarita pidió á su amante que compusiese una cancion en la cual demostrara que no amaba á más dama que á ella, y Guillermo hizo esta cancion que dice:

Lo dous cossire
que 'm dons amors soven...

Y cuando Raymundo de Rosellon oyó la cancion que Guillermo habia hecho en honor de su mujer, le llamó á un lugar retirado fuera del castillo, le cortó la cabeza y en seguida le arrancó el corazon. Se fué despues al castillo, mandó freir el corazon y servirlo á la mesa en un plato destinado á su mujer é hizo que ésta comiera de él. Cuando lo hubo comido, Raymundo se levantó y dijo á su esposa que lo que acababa de comer era el corazon de Guillermo de Cabestany, y en seguida, enseñándole la cabeza, le preguntó si lo habia hallado sabroso.

—Tan sabroso lo hallé y tan bueno, dijo dama Margarita, que nunca otro manjar ni otra bebida quitarán de mi boca el sabor que en ella ha dejado el corazon de Guillermo de Cabestany.

Y al oír esto Raymundo, desnudó su espada y quiso atravesar á su mujer, pero ésta se precipitó desde un balcon y quedó muerta.»

Tal es la historia que cuenta el manuscrito prouenzal de la Biblioteca Laurenziana, y aun cuando en su género y forma parece una novela, en el fondo, en el hecho, en los detalles más culminantes y en los personajes, está conforme con la tradicion y con la crónica de los trovadores. Tambien pudiera ser el manuscrito una ampliacion romancesca de la tradicion y la crónica.

De todos modos, esto es cuanto se cuenta de Guillermo de Cabestany.

II.

Cambouliu en su *Ensayo de la literatura catalana* rechaza toda la parte leyendesca de la historia que se acaba de contar.

«Gracias al descubrimiento de ciertos títulos originales conservados en los archivos de Perpiñan, dice, ya sabemos á qué atenernos sobre este lúgubre drama de que Guillermo de Cabestany fué el héroe. Esta imitacion de la horrible historia del castellano de Coucy no fué nunca más que un cuento de juglar. Alfonso II no hizo expiar al castellano de Rosellon su pretendido atentado á las leyes de la Caballeria, puesto que este señor vivia aún en 1205, mientras que Alfonso murió en 1196. Saurimonda no pereció víctima de los bárbaros celos de su marido, puesto que ésta le sobrevivió figurando como viuda en un acta de 1210. Por fin, el mismo Cabestany, segun algunos autores españoles, habia asistido en 1212 á la batalla de las Navas.

»Ahora, en cuanto á que Cabestany siendo jóven hubiese sido paje de Saurimonda, que hubiese sido amado de esta dama con un amor extra-caballeresco, y que el señor de Rosellon hubiese concebido algunas inquietudes, esto lo dejan entrever claramente las canciones mismas que los manuscritos atribuyen al trovador. Quizá tambien existe en el fondo de la sombría relacion de los biógrafos la exageracion de alguna escena un poco violenta de celos conyugales á la que se hubiese dejado arrastrar el señor de Rosellon.»

Tal es la opinion de Cambouliu.

Véase ahora la de Milá:

«Si es fabulosa la catástrofe, dice este autor en sus *Trovadores de España*, no lo son los personajes ni la culpable pasion que al trovador se atribuye. La historia menciona un Ramon de Roselló que vivia aún en 1205, y existe todavia, ó existia hace poco, una torre de Castel Rosel'hó. Saurimonda figura como viuda de Ray-

mundo en una acta en 1210. Guillermo, que firma ya en 1162 en un tratado de paz entre el señor de Montpeller y el de Piquen, se halló en 1212 en las Navas de Tolosa.»

Con estos datos desmienten la leyenda los dos autores citados, y tambien Puigari y Henry. Este último en su *Guia de Rosellon*, y al hablar de la villa de Cabestany de que fué señor el poeta Guillermo, dice que la trágica leyenda de los amores de Saurimonda y Guillermo fué invencion del trovador Ramon de Miraval; y si esto fuese cierto, siendo el autor contemporáneo de los personajes, es posible que á alguno le pueda ocurrir la duda de si el testimonio del contemporáneo puede tener más fuerza que los datos aducidos por los citados escritores.

Hay que considerar á Cabestany entre los buenos trovadores, y entre éstos le colocarán de seguro aquellos que no buscan meramente vanas curiosidades prosódicas ó combinaciones métricas más ó menos ingeniosas, sino mérito real de forma y de fondo. Este se encuentra en Cabestany, y basta sólo para conocerlo así la composicion que más arriba se inserta. Es un poeta de verdadera pasion, profundo, algo sensual; pero de esquisito y delicado sentimiento.

Las poesias que de él nos quedan son todas de amores, y todas dirigidas á loar la belleza y el amor de una dama, que debe ser Saurimonda, pero que nunca llega á nombrar. «Si quereis que os diga su nombre, dice en una de sus canciones, escrito lo hallareis en las alas de todas las palomas.»

E si voletz qu' eu vos diga son nom,
ja no trobaretz alas de colom
on no 'l trobetz escrit sensa falensa.

En otra cancion dice que aquella de quien está enamorado es la más bella que existe desde el Puy hasta Lérica:

Que del miells m' a enamoret
qu' es del Pueg tro á Lérica.

En otra se muestra quejoso y mal pagado de su amada, á quien acusa de hacerle sufrir los más crueles dolores:

En pensament faime estar amors
com pogués far una gaia cansó
per la bella á cui m' autrei 'm do
que 'm fet causir mes totas las gensors
e vol qu' eu l' am leialment, sens engan,
ab verai cor et ab tota ma cura
l' amors qu' ill port e dóblan mei talan.....

«Dulce amiga, vos que sois la más amable entre las mujeres, dice en uno de sus más tiernos cantares, ¿no ha de llegar nunca el dia en que me otorgueis merced, cuando de dia y de noche, de pié y de rodillas, no me canso jamás de pedir á la Virgen que os inspire un poco de ternura para mí? Desde niño fui educado junto á vos y á vos me destinaron y á vuestro mandato me pusieron. Que Dios me niegue su gracia si otra suerte ambiciono. ¡Oh dama sin par! Dejadme que imprima un beso en el guante que oculta vuestra hermosa mano. No me atrevo á pedir más.»

De otras varias canciones y coplas que á Cabestany han sobrevivido, y andan esparcidas en varias obras y manuscritos, traduzco como muestra, para terminar, las siguientes ideas:

»En mi imaginacion contemplo vuestro cuerpo querido y gracioso, vuestro cuerpo que amo y deseo más de lo que nadie puede adivinar. ¡Sea yo odiado del amor si mi corazon llegara á abrirse á otro sentimiento! Por vos he perdido la alegría, por vos estoy pensativo y triste.....

»Las dulces ideas que amor me dá, alegran mis cantares. ¡Oh vos, cuya belleza me trasporta, que sea yo maldito si llego á amar á otra! Como la fe me hiciera tan fiel á Dios como lo soy á mi amada, iría en línea recta al paraíso.

»No tengo armas para defenderme de vuestros atractivos. Que el honor y la cortesía os obliguen, pues, á tener piedad de mí. Permitidme sólo que bese vuestro guante, que más insignes favores no me atrevo á pretender.

»Entre muchas flores de un hermoso jardín he escogido á la más bella. Dios mismo, sin duda, la hizo á semejanza de su propia belleza. La dulzura de sus miradas me ha hecho el más tierno y el más dichoso de sus amantes. Lloro de alegría.

»Mi amor, que á declarar no me atrevía, puede ya aparecer en mis versos, desde el momento en que la mujer á quien amo, sólo me ha distinguido á mí entre sus adoradores.

»Yo no canto supuestas bellezas, como hacen otros trovadores. De sus ojos parten rayos, contra los cuales no hay poder bastante; pero á nadie, como á mí, han herido. Su mérito la eleva á la más alta region de los honores. Nunca se vieron ni más virtudes, ni más gracias reunidas. Sobresale en el arte del buen hablar; su virtud inspira respeto á los amantes más presuntuosos y su reputación está al abrigo de todos los ataques.»

VÍCTOR BALAGUER.

HISTORIA DE LOS MANUSCRITOS ANTIGUOS.

(CONCLUSION.)

Es de creer que en aquella época se renovasen con frecuencia fraudes tan culpables.—Habiendo hallado Leonardo Aretino un manuscrito griego de Procopio, lo tradujo al latín y lo publicó como obra propia. Maquiavelo intercaló en sus obras una multitud de apotegmas que extrajo de otro manuscrito griego atribuido á Plutarco, del cual no tuvo reparos en llamarse autor. ¡Cuántos escritores deben quizás toda su gloria á la fortuna que tuvieron de encontrar antiguos manuscritos! En ninguna época de la literatura han faltado los plagiarios; pero, en tiempo de los manuscritos, podían entregarse á semejantes saqueos con más audacia y más impunidad, teniendo cuidado de destruir las huellas de su delito como aquellos bandidos de camino real que asesinan y entierran los viajeros cuyos despojos visten.

Por fin se descubrió la imprenta. Trabajo cuesta comprender cómo los griegos y romanos, que grababan en piedra y metales, y cuyo espíritu inventivo debió trabajar durante largos siglos para hallar un medio que les permitiera multiplicar las obras maestras de su literatura, han dejado á un alemán de la Edad Media la gloria de hacer imperecederas esas grandes obras. Tres ciudades, Harlem, Maguncia y Strasburgo, se disputan la honra de haber sido cunas de la imprenta.—Lorenzo de Harlem ideó antes que nadie separar los caracteres de madera; su primer ensayo llevaba fecha de 1430. Uno de sus obreros, Juan Geinsfleisch Senior, le hurtó algunos de sus caracteres y los llevó á Maguncia donde puso una imprenta. En 1443 Lorenzo se asoció con Fust y al año siguiente se unió á ellos Juan Geinsfleisch Senior, inventando el primero los caracteres de metal, con los cuales se imprimió en 1550, despues de siete ú ocho años de trabajo, la edición más antigua de la Biblia. Geinsfleisch Senior llevaba también por nombre Guttenberg;

este es el único que se ha hecho célebre entre los inventores de la imprenta. A él se le han elevado estatuas y en cambio se ha olvidado hasta el nombre de Lorenzo de Harlem. ¡Esta suele ser la justicia humana! (1)

Quien perfeccionó antes que nadie el arte de la imprenta fué Pedro Scheffer, discípulo y yerno de Fust, que descubrió el medio de fundir los caracteres y fué probablemente el primer grabador en cobre. Al principio imprimiéronse más libros en vitela que en papel; pero el uso de éste no tardó en generalizarse y ya no se imprimieron en vitela más que los libros destinados á ser iluminados. En cuanto á Estrasburgo, donde nació Guttenberg, no se imprimió nada, según parece, hasta 1462. La dispersion de los impresores de Maguncia, verificada este año, contribuyó á propagar el arte de la imprenta por toda Europa, llegando en 1492 hasta Constantinopla. Entónces esparciéronse profusamente las maravillas literarias de la antigüedad; entónces los antiguos poetas, oradores é historiadores de Grecia y Roma, deslumbraron todas las miradas con inesperados fulgores, como los astros del firmamento brillan, cuando las nubes que los cubrían se disipan repentinamente.

La literatura griega y romana invadió la Europa y con escaso trabajo logró ahogar los gérmenes de otra literatura que todavía no contaba sino con ensayos deformes é incorrectos. En esta sublime escuela de la antigüedad fué donde se formaron todos los hombres de génio que desde hace cuatro siglos han iluminado al mundo.

Estudiemos, pues, con reconocimiento y con cariño esos poetas y oradores, esos historiadores y filósofos; pero, en medio de la justa admiración que nos inspira, no hemos de imitar el ciego fanatismo de aquellos eruditos que no encuentran nada bello si no es antiguo, y para quienes todo lo antiguo es bello. La antigüedad no es bella á nuestros ojos más que por su hermosura, no por su condicion y antigüedad. Si admiramos las ruinas de Grecia y de Roma más que las de la India y el Egipto, si el mármol en que respira aún el alma de un Fídias ó de un Praxíteles nos inspira más entusiasmo que las grotescas y monstruosas figuras que se adoraban á orillas del Nilo ó del Indo, débese esto á que sólo los griegos y romanos tuvieron en los antiguos tiempos el sentimiento de la belleza, y la belleza no es moderna ni antigua, sino eterna.

Lo antiguo no es únicamente lo mismo que lo viejo: esto es lo que pertenece á otro estado de la sociedad, á otra época del hombre ó de la naturaleza. El sol, las estrellas, el Océano, las montañas y los ríos no son hoy más antiguos que el día de su creacion: no pertenecen á ningún tiempo. Pero aquella roca hendida por un terremoto, aquel pedazo de montaña caído á la llanura, aquella profunda caverna socavada lentamente por las aguas del mar, aquella encina señalada por el rayo y aquellas gigantescas osamentas encontradas en las entrañas de la tierra, son las que pueden llamarse antigüedades de la naturaleza, porque caracterizan una época pasada, un tiempo que no existe.

La rosa y la azucena, cantadas por los poetas de la antigüedad, no tienen, sin embargo, nada de antiguas. Parecen dotados de eterna juventud; pero la verbena y el muérdago sagrado que las vírgenes de la Galia cortaban con sus hoces de oro, exhalan singular aroma de vejez y antigüedad; porque se consagraron á las ceremonias de un culto que solo existe

(1) Esta declamación de Mr. Mennechet está fundada sobre una base completamente falsa, puesto que los hechos á que dá entero crédito se hallan hoy desacreditados en el concepto de los críticos, hasta el punto de pasar por fabulosos.

Pese á Mr. Mennechet, la gloria de Guttenberg está sólidamente acreditada y es imperecedera.—N. del T.

ya en la memoria de los hombres. ¿No parece que el Nilo y el Jordán corren hace muchos más años que el Sena y el Loira? Poéticamente considerado ¿qué es el inmenso Missisipi junto al estrecho Símois?

Pues lo que sucede con las creaciones de la naturaleza acontece de igual manera con los trabajos del hombre. Las Vénus de Médicis y de Milo, el Apolo y el Laoconte que adornaban los templos griegos son ménos antiguos que esos mascarones esculpidos en las puertas de nuestras viejas catedrales. Rafael parece más moderno que Alberto Durero: Rabelais ha envejecido más que Horacio. Homero y Corneille, Demóstenes y Bossuet son contemporáneos. Lo verdadero, lo bello, lo grande y lo sublime no pertenecen á siglo alguno ni á ningún país: tienen por patria el universo, por reinado la eternidad.

EDUARDO MENNECHET.

*** (1)

Tienes los labios rojos
como amapolas
que en medio de apiñadas
espigas brotan.
¡Qué vida y muerte
será aspirar la esencia
de esos claveles!

Tienes los ojos francos,
campo de cielo,
con pupilas morunas
que brotan fuego.
Cuando ellos amen,
¡qué habrá, por donde giren,
que no avasallen!

Tienes la cabellera,
vuelta á la espalda,
rizada, negra, indócil,
copiosa y amplia.
Cuando la trenzas,
¡qué de ojos y descos
allí se enredan!

Tienes el alto seno
torneado y puro,
hechizo entre velado
y entre desnudo.
Quema y es nieve,
y, siendo blanco mármol,
palpita y siente.

Tienes cuello de cisne,
frente tranquila,

la mano de escultura
y el pié de niña:
no hay parte en donde
maravillas y gracias
de tí no broten.

Tienes esbelto talle,
gentil persona,
acento que esclaviza,
si no enamora;
conjunto, en suma,
cual si fueran las hadas
nodrizas tuyas.

Lábios, ojos, cabellos,
seno, pié y mano,
cuello, frente, voz, talle
y aire bizarro,
¿á qué alma sirven?
¿qué corazón traducen?
¿quién allí vive?

Si esa alma, de ilusiones
está vacía;
si en esa copa de oro
sólo hay acibar;
si en ese pecho
no hay amor, ni hay constancia,
ni hay sentimiento;

más bellas son,—que al cabo
son inocentes,—
la inquieta mariposa,
la luz perenne,
la griega estátua,
la flor de los jardines,
la gota de agua.

Pero si á esos primores
tuyos asoma,
como en suave crepúsculo
una alma hermosa;
si eres tan bella,
porque así sabe el alma
decir que es buena;

más que cuanto hay criado
vales entónces,
¡reina de la hermosura,
númen del hombre,
mística escala,
que eleva el pensamiento
y al cielo le alza!

De tus dulces sonrisas
dame una sola:
dame de tus miradas
una amorosa;

(1) La preciosa poesia con que hoy se honran las columnas de la REVISTA, es inédita y una de las últimas que escribió nuestro querido y malogrado amigo el Excmo. Sr. D. Jerónimo Borrao (Q. S. G. H.), cuya pérdida tanto deploran las letras aragonesas.

dame del pecho
un suspiro, un latido;
que más no quiero.

No más quiero, amor mio,
que sientas y ames;
que es la mujer entónces
vecina al angel,
y el amor suyo
es tan rico tesoro,
que es todo un mundo.

JERÓNIMO BORAO.

Santuario de Misericordia 28 de Julio 1877.

HISTORIA DE UNA LÁGRIMA.

(DOLORA.)

La engendró un presentimiento
De agudo próximo daño;
Arrancóla un desengaño
Del alma en que tuvo asiento.

Para matar toda fé
Y matar toda ilusion,
Del alma fué al corazon,
Y un cráter buscando fué.

Al saltar... ¡miseros ojos
Los que cegó con su fuego...!
En una mejilla luego
Fué dejando surcos rojos.

Cayendo sobre verdores,
En una flor se posó...
¡Donde aquella flor murió
No han vuelto á nacer más flores...!

VALENTIN MARIN Y CARBONELL.

ESPECTACULOS.

Durante la pasada semana hanse representado en el teatro de Pignatelli las siguientes comedias y piezas cómicas: *De potencia á potencia*, *Una casa de fieras*, *Bruno el tejedor*, *La Libertad de enseñanza*, *El amor y el interés*, *La Levita*, *Levantar muertos*, *A primera sangre*, ect., de los autores Rodriguez Rubí, Liern, Larra, Gaspar, Blasco, Ramos Carrion, Matoses y otros.

Nada diremos de las obras que son harto conocidas del público y que ya han sido juzgadas en algunas de nuestras anteriores revistas, limitándonos tan solo á emitir nuestro juicio sobre la interpretacion que por parte de los actores han merecido las citadas obras dramáticas.

El primer actor D. Manuel Mendez, que no carece de condiciones para la escena, estudioso y discreto, no estuvo sin embargo á la altura de su papel en algunas obras y especialmente en la preciosa comedia de D. Enrique Gaspar titulada *La Levita*, ni mucho ménos puede sostener la comparacion con Vico, á quien no hace mucho tiempo tuvimos ocasion de admirar y necesidad de aplaudir.

El Sr. Mendez aparece bastante desigual en la mayor parte de las obras que interpreta, y tiene un defecto que es muy fácil de corregir, y creemos nos lo agradecerá el estimable actor se lo hagamos conocer. Este defecto consiste en la pronunciacion y en el acento harto duro y brusco, con el cual desluce muchas escenas que, si no alcanzaran perfeccion, al ménos serian dignas de aplauso.

Lo mismo que al Sr. Mendez decimos, podemos decir al Sr. Riquelme, el cual muchas veces oscurece el mérito de una acertada interpretacion con su acento señaladamente madrileño, parecido á gradacion musical. Esto no obstante, dada la variedad de personajes que le hemos visto representar, es indudable que el Sr. Riquelme merece el dictado de actor inteligente y estudioso, distinguiéndose en *Levantar muertos*, *El amor y el interés* y sobre todo en *La Libertad de enseñanza* y en *La casa de fieras*, á pesar de tener que luchar con los gratísimos recuerdos que nos ha dejado el inimitable intérprete de *La casa de fieras* y *A cadena perpétua*, Sr. Carsí.

Paréceme (y esto lo digo en gracia á mi buen nombre), que más que para actor cómico está hecho el señor Riquelme para característico, donde luce sus facultades á maravilla. Mucho me alegrára que fuera tomada en consideracion esta advertencia.

Las damas, por lo general, han estado durante la semana acertadas y discretas, lo mismo que los demás actores, á los cuales no digo nada en esta revista por ser ya demasiado larga, si bien pienso dedicarles la siguiente.

El baile no ha ofrecido novedad particular durante la semana, pues si bien el sábado se estrenó el titulado *El pais de las mariposas*, no me es posible dar cuenta de su mérito hasta la semana próxima, y he de hacerlo con mucho gusto, toda vez que hay más de un motivo para sospechar que será el baile de toda la semana.

Por lo demás, durante la semana que fina, la señorita Límido ha lucido sus incomparables agilidad y ligereza en *La Mascarita* y *Las Apsaras*; la señora Ortega sus naturales gracias en *Viva España*, y el cuerpo coreográfico aptitudes y pantorrillas más ó ménos reales y problemáticas.

JUSTO.

Zaragoza: Imprenta del Hospicio Provincial.